

LIBROS

Una novela poética

José María Merino —leonés, nacido en Galicia en 1941— se dio a conocer en 1972 con un libro, de poemas, "Sitio de Tarifa" (Editorial Helios, Madrid), al que siguieron "Cumpleaños lejos de casa" (Provincia, León, 1973) y el curioso "divertimento", en colaboración con Agustín Delgado y Luis Mateo Díez, "Parnasillo provincial de poetas apócrifos" (1975). Merino es un poeta que nada o muy poco tiene que ver con las ultimísimas corrientes de la lírica en lengua castellana. Dotado de un lenguaje de extraordinaria riqueza y de una vocación evidentemente autobiográfica, su poesía cae de lleno dentro de un interesante realismo mágico, en el cual se da una nueva revalorización de imágenes y de metáforas, organizadas con raro gusto e inteligencia. Los dos libros suyos editados —en este caso no cuenta el "Parnasillo"— muestran ya existencia de un poeta de cuerpo entero.

Aparece ahora su primera novela, reciente Premio Novelas y Cuentos y titulada "Novela de Andrés Choz" (Novelas y Cuentos, Madrid, 1976). La historia que nos cuenta en este libro se puede sintetizar así: un hombre en el umbral de la vejez, viudo, liberal represaliado por el franquismo, descubre un día que tiene un cáncer. Después de caer en la más negra desesperación decide dar sentido a los últimos meses que le quedan de vida reanudando una vieja novela de ciencia-ficción que tenía olvidada entre sus manuscritos. Para ello se va a vivir a una casa de la costa cántabra, donde estuviera hace muchos años con su mujer. Allí, con el contacto de la Naturaleza, recupera lentamente sus deseos de vivir. Vive una triste historia de amor con una joven intelectual de vacaciones, que podría ser su hija. Trata de hacer avanzar su novela, cuyo personaje principal, el Hermano Oms, termina identificándose casi por completo con él. El fracaso de su última y fugaz aventura erótica lo sume de nuevo en la desesperación, pero al final des-

cubre que la novela, y sólo ella, es quien está dando sentido a su prolongada agonía. Su última carta al "Gordo", un amigo de su juventud, está llena de esperanza en el futuro. Su obra, por encima de cualquier contingencia, debe concluir: "Hay que dejar la novela mucho mejor. Por lo menos, poder decir ahí queda eso".

Narración de estructura compleja, a veces incluso enmarañada, pese a su relativa brevedad, "Novela de Andrés Choz" está escrita en un lenguaje limpio, transparente, de léxico preciso. El entrecruzado de los planos —la historia de Andrés, la aventura del Hermano Oms, el cuento de Asunción y Mateo— hacen de la novela una narración extraordinariamente densa, en la cual coexisten el tratamiento tradicional del relato psicológico, la ciencia-ficción y el drama



José María Merino.

rural tratado desde una estética no lejana a la del social-realismo español de finales de los cincuenta y principios de los sesenta. Los diversos relatos se superponen y a través de ellos el autor va definiendo su idea del quehacer novelesco: un realismo que niega jamás los derechos de la imaginación. El gusto de Merino por las formas elementales de vida, su sentido de la Naturaleza libre, la absorción casi sensual de los valores del paisaje, van apareciendo lentamente al filo de esas historias que se imbrican, se superponen y terminan formando un todo en la intención del autor. Novela, además, con una poderosa carga intelectual, que debe a un cierto naturalismo acaso sus momentos menos logrados (diálogo con el "Gordo" al principio de la narración, relación de Andrés Choz

con Benilde, la dueña de la casa donde se aloja), la obra de Merino señala la aparición de un escritor importante, con un sorprendente oficio, que ha sabido esquivar con tino uno de los obstáculos que se suelen presentar ante toda primera novela: la manía de la rememoración autobiográfica. Si hay algún elemento autobiográfico en "Novela de Andrés Choz" es un paisaje, las vivencias de una niñez al aire libre y está admirablemente integrado en el cuerpo del relato.

Novela humanista —ese Andrés Choz que nos recuerda tanto al viejo funcionario de la admirable "Ikiru", de Kurosawa— en la que la fe en la capacidad creadora del hombre es el mensaje implícito casi desde las primeras partes; existencia de un mensaje, lo que no quiere decir que Merino escriba una novela ideológica o de tesis, ni mucho menos. Es un mensaje que está escrito en cada página, que forma parte orgánicamente de la novela. José María Merino empieza así una carrera como novelista que está a la altura de su poesía y que demuestra una personalidad independiente, que mira con irónica distancia los devaneos neoformalistas de unos compañeros de generación excesivamente preocupados —como diría Agustín Delgado— por el hiperuranós de la belleza.

■ JAVIER ALFAYA.

De nuevo, Witkiewicz

Publicadas ya "Comedia repugnante de una madre" y "La gallina acuática" en la editorial Fundamentos, puede decirse que la aparición en la misma editorial de un nuevo volumen con otras dos piezas breves de Witkiewicz —"La nueva liberación" y "El loco y la monja"— ha completado la posibilidad de que cualquier lector español acceda a quien debe ser considerado como uno de los grandes autores del teatro contemporáneo. En estas mismas páginas, con ocasión de comentar los títulos citados en primer término, tuve oportunidad de resumir la personalidad del polaco y las características dominantes de su obra. Pocos dramaturgos, en efecto, han logrado expresar como él la desesperación ante el "no sentido" de la vida, quizá porque su nihilismo

siempre está ligado al deseo inútil de superarlo, a la interrogación a la sociedad y a la Historia sobre su posible responsabilidad en la tragedia. Con lo que viene a colocarse por encima de esa división aproximativa entre el absurdo "metafísico" y el absurdo "sociocultural", para alzarse en interrogador radical. Su vida atormentada y su suicidio —en el marco de la desdichada realidad nacional polaca de la época— corroboran hasta qué punto Witkiewicz no fue esencialmente un pensador, sino una pasión, que se esforzó inútilmente en conciliar el sentido existencial con las respuestas ontológicas. En "El loco y la monja", el personaje Walpurg —en quien no es difícil descubrir una transferencia del propio autor—, exclama: "Antes no era necesario buscar la forma pura en arte; el arte no estaba pervertido, y la vida no era sólo la agitación de autómatas sin alma. La sociedad aún no había llegado a ser una máquina: era una tierra virgen sobre la que brotaban las flores magníficas del deseo, de la fuerza, de la creación y de la crueldad". Y también: "Sólo una cosa es cierta: hoy la grandeza del arte está en la perversión y en la locura". Frases que nos ayudan, quizá, a entender esa ambivalencia de su obra: conciencia histórica y locura. Witkiewicz sólo aspiraba a vivir el tiempo necesario para escribir su repulsa de la vida y del mundo, a modo de un manuscrito que probaba que él no había sido engañado. Posteriormente hemos visto o leído muchas obras —que formaron parte del convencionalmente llamado "teatro del absurdo"— en las que se planteaba el mismo nihilismo, a través de relaciones humanas incoherentes, de incoherentes monólogos y de sufrimientos gratuitos. La superioridad y la grandeza de Witkiewicz, aparte de su papel de "precursor", está en que formuló como nadie la poética de esa tragedia; una tragedia que, aun siendo significativa de una época y de una clase, fue también profundamente suya y abrió una serie de vacíos que ningún pensamiento —a menos que se revista de cualquier dogmatismo— podrá ya llenar plenamente. "La nueva libe-

ración" está fechada en el 20; "El loco y la monja", en el 23. Nadie ha dicho tanto y dramáticamente tan bien en ese camino de la filosofía última, en la interrogación que no se resigna, quizá —y ésta sería una de las significaciones históricas de su obra— porque deja atrás cualquier forma religiosa de respuesta y lleva todavía el absoluto religioso a las preguntas. ■ JOSE MONLEON.

¿Era Sandokan el padre del capitán Nemo?

Puede clasificarse a Fernando Savater entre los "apóstatas razonables", algunas de cuyas biografías él mismo ha trazado en un libro reciente (1). Con un considerable desparpajo y una enorme dosis de ese extraño "sentido común" que le caracteriza —y que es patrimonio solamente suyo y de dos o tres personas más en Madrid, ciudad donde la sensatez abunda más bien poco— ha llevado ahora a cabo una transgresión frívola en apariencia, pero en realidad mucho más trascendental de lo que parece: revivir, con pretexto de una recreación literaria, el mundo de su infancia.

Se trata continuamente de hacernos ver la infancia —una época o un estado— como algo más o menos deseable o terrible, pero siempre lejano e irremisiblemente perdido: ya sean infierno o paraíso, siempre se nos sitúan nuestros años infantiles en una especie de coto cerrado al que es del todo punto imposible regresar y aun blasfemo intentar: al que lo intenta se le castiga con motes infamantes, como el de "neurótico", y si persiste demasiado en su manía se llega hasta encerrarle en manicomios. Las fuerzas reaccionarias de este mundo —y todas lo son, desde el momento en que se manifiestan como tales fuerzas— han sabido comprender muy bien lo que de radicalmente subversivo, revolucionario y antisocial hay en el niño y lo reprimen con todas sus fuerzas. No se dan cuenta de que el niño no ha muerto en el hombre; de que el hombre es, al mismo tiempo, tanto el niño que fue como el ca-

dáver que será; y si se dan cuenta, tratan celosamente de ocultarlo. El mismo psicoanálisis es, en su manifestación más ferozmente conservadora, un desesperado intento de curarnos de nuestra infancia.

"La infancia recuperada" (2) es el acertado título que da Savater a su último libro. En él analiza una serie de temas, autores y personajes literarios que le fascinaron desde su infancia de niño monstruo —monstruo precisamente por lector; en los difíciles años que nos tocó vivir a él y a mí cuando pequeños, leer era casi un delito solitario— y que, por supuesto, le siguen fascinando, y los analiza —terrible palabra que no hace en modo alguno justicia al estilo recreativo de Savater— en un lenguaje claro, horror de toda esa pedantería con la que suelen arroparse —quizá para ocultar su osadía transgresora y sus verdaderas motivaciones lúdicas, "pueriles"— aquellos pensadores o críticos literarios que suelen ocuparse de tales temas. Pero creo que me he equivocado: Fernando Savater no analiza, sino que vuelve a narrar con plena lucidez, y añadiendo variantes personales —aunque sin traicionar su espíritu— las historias que han formado su talento y su talento. Fernando, como agudo pensador que es, conoce la identidad entre filosofía y narración, y hace por ello poesía de una forma tan natural y espontánea que parece enormemente elaborada. A lo largo de su extenso paseo por los mitos y delitos de nuestra vida, nos descubre —y lo explica con la claridad y la fuerza que da lo obvio— que Sandokán fue el padre del capitán Nemo, y que tal podría haber sido el abuelo de Guillermo Brown; recrea la chulería del portugués Joao da Silveira, personaje del folletín radiofónico "Dos hombres buenos", que antes de meterle a alguien una bala en el entrecejo le pedía, muy educadamente, que sonriese; o bien reconstruye, y nos lo hace entrañable y próximo, el mundo de hadas, el "fos" y "hobbies" del gran escritor, casi desconocido en nuestro país, que fue J. R. R. Tolkien.

Otro gran acierto de Savater está en incluir, entre los escritores que marcaron su infancia, a Jorge Luis Borges, al maldito y entrañable Borges; escritor cuya prosa debería ser leída en las escuelas, porque su laberinto es el



Fernando Savater.

pasillo sombrío de la infancia siempre presente.

Fernando Savater es Peter Pan. Que nadie se confunda: no digo que esté aquejado de esa extraña dolencia a la que algún pedante mal informado ha dado en llamar "complejo de Peter Pan", sino que posee características similares a las de ese personaje crucial de nuestra infancia, tan maltratado por Walt Disney y por los psicoanalistas de salón: no nos cuenta cuentos, sino que nos los hace vivir, y nos aproxima de nuevo a un mundo —"pequeño reino afortunado", que diría Jaime Gil de Biedma— que creíamos haber olvidado: ese mundo donde todo es posible, la aventura, el terror, la belleza y el misterio; ese mundo donde espectros, hadas, criminales y piratas esperan agazapados ahí, en el recodo del pasillo o entre las cortinas que emascaran el ominoso balcón: el mundo tenebrista —porque está hecho de luz— de nuestra infancia. ■ EDUARDO HARO IBARS.

La proletarización de los técnicos

"Los intelectuales están siendo convertidos 'velis nolis' en unos verdaderos proletarios por la fuerza misma de las cosas. ¿Quién no ha oído quejarse muchas veces a ingenieros, médicos, abogados, etcétera, de ganar menos que un obrero, manual aun trabajando más en ocasiones?...". Daniel Lacalle recoge esta cita de "Clarín" en su reciente libro "Técnicos, científicos y clases sociales" (1).

(1) Daniel Lacalle: "Técnicos, científicos y clases sociales". Ediciones Guadarrama, Colección Universitaria de Bolsillo Punto Omega, número 216. 160 páginas. Madrid 1976.

Lacalle, director de la colección "Temas actuales", de Editorial Ayuso, preparó hace año y medio la edición de otro libro (2), donde se analizan situaciones muy parejas con la tratada ahora.

Y esta situación a la que se enfrenta el técnico, el profesional de hoy, tiene dos "condicionantes objetivos" que la definen. Por un lado, la masificación producida por un crecimiento que resulta geométrico en comparación con el de los puestos de trabajo. Por otro, la proletarización, una nueva relación de trabajo que le sitúa en calidad de asalariado, a diferencia de lo que en la mayoría de los casos había sucedido tradicionalmente... Masificación y proletarización son hechos que colocan objetivamente al profesional en postura muy próxima a la de clase obrera tradicional. A su vez, estima Lacalle, posibilitan la formación de una nueva clase obrera.

Claro es que éste no es un fenómeno ya hecho, concluido, sino un proceso en marcha y cuya velocidad depende en cada caso del grado mayor o menor de desarrollo de la colectividad. En el caso español, por ejemplo, el autor señala que si existe la comunidad de intereses entre técnicos y obreros, no hay, por el contrario, una "conciencia de la situación real", que sería la catalizadora de la unidad. Y esa falta de conciencia puede llevar con toda seguridad a un "suicidio laboral y profesional".

La pista sobre la que este proceso corre en España viene determinada por una serie de aspectos que Lacalle centra en la quiebra de la agricultura, la hinchazón del sector servicios, un desarrollo industrial taylorista que desconoce la revolución científico-técnica, estructura monopolística del capitalismo, graves desequilibrios regionales, dependencia del capital extranjero, emigración, etcétera.

En este pequeño volumen, Lacalle plantea el problema en la sociedad actual y toma postura beligerante, haciendo suya la frase de "Clarín" que terminaba así: "La realidad es que el proletariado intelectual, más proletario cada día, tiene que seguir forzosamente la misma senda que el otro". ■ V. M. R.

(2) "Enseñanza técnica y formación permanente". Temas Actuales, Bolsillo, número 3. Editorial Ayuso. Madrid 1975. En la misma colección: "La crisis de los ingenieros". Grupo de los 27.

(1) "Apostatas razonables". Ed. Mandrágara. Barcelona.

(2) Editado por Taurus. Madrid.